



La realidad de la imaginación en *El bataraz* de Mauricio Rosencof

Valeria Andrea García
Universidad de Buenos Aires
Valeria_garcia24@yahoo.com.ar

Resumen

En *Memorias del Calabozo*, libro testimonial que Mauricio Rosencof realizó junto a Eleuterio Fernández Huidobro, éste último afirma: "En las condiciones en que nosotros estábamos, comenzamos a introducirnos, sin saberlo aún, en el universo en el cual vamos a vivir: Un universo que está construido por nuestra propia imaginación y nuestros propios cálculos. Si es real o no es real, no importa mucho. Opera como si fuera real." (2008:26)

El bataraz, de Mauricio Rosencof, es una novela que puede ser vista como una de las posibles justificaciones de esta afirmación, pues, si bien su argumento puede ser resumido como la historia de un preso político que recibe como "regalo" un gallo bataraz, desde el comienzo el narrador mantiene conversaciones con el animal que es, en cierto punto, humanizado; esto permite pensar en esta novela como el lugar donde la imaginación traspasa el límite de la realidad, mezclándose con ella, a tal punto, que logran confundirse.

Por lo tanto, en este trabajo se observará el papel que tiene la imaginación cuando un hecho traumático es transitado, intentando dilucidar hasta qué punto puede convertirse en la realidad del narrador y, si es posible que éste, en su afán por evadirse del horror que lo rodea, pueda desplazar sus experiencias a un personaje que oscila entre ser real o una mera invención; y si, por consiguiente, es factible enmascarar la cotidianidad en un mundo que sólo existe para un narrador que pendula en el límite de la locura.

Palabras clave: Realidad - Imaginación - Experiencia - Trauma - Preso político

"La autenticidad de los objetos no está en su autenticidad sino en la autenticidad de quien cree"
(Mauricio Rosencof)

En el libro testimonial, *Memorias del calabozo*, que Mauricio Rosencof escribió junto a Eleuterio Fernández Huidobro, luego de haber sido liberados de doce años vividos en las prisiones de la dictadura militar uruguaya, éste último afirma:

En las condiciones en que nosotros estábamos, comenzamos a introducirnos, sin saberlo aún, en el universo en el cual vamos a vivir: un universo que está



construido por nuestra imaginación y nuestros propios cálculos. Si es real o no es real, no importa mucho. Operaba como si fuera real. (2008:26)

La posibilidad de un mundo paralelo que reemplace la cotidianidad del calabozo en el que la soledad y la incomunicación es una constante, permitirá que ese universo signado por acontecimientos extremos sea invadido, debido a una necesidad de supervivencia psíquica, por la imaginación que, para estos rehenes, operará como si fuera la realidad de sus mundos.

Si bien las experiencias traumáticas vividas por Rosencof durante su detención en la dictadura de Uruguay fueron plasmadas en textos cuyas características principales se acercan a las del relato testimonial, donde procuró mantener la mayor fidelidad posible ante los hechos padecidos¹; en *El bataraz* estos acontecimientos límites son narrados desde una perspectiva que se aleja del género testimonial, y se aproxima, en ciertos puntos, al género fantástico, pues se advierte un constante pendular entre la realidad y la imaginación.

En este trabajo se intentará dilucidar cómo el narrador de *El bataraz*, en su afán por evadirse del horror que lo rodea, desplaza sus experiencias a un personaje que oscila entre ser real o una mera invención; y, por consiguiente, se pretenderá dar cuenta de cuáles son los procedimientos que le permiten, a este hombre que se encuentra en los límites de la locura, representar una realidad que vive como extrema.

El bataraz puede resumirse como la historia de un detenido por la dictadura militar uruguaya que recibe, en forma inesperada y sin saber, a ciencia cierta, con qué finalidad un gallo con el que crea un vínculo que transita entre la confianza y la desconfianza. El argumento de la novela deambula entre dos mundos: por un lado, el mundo real, representado por el contexto histórico que no es nombrado explícitamente, pero que el lector de Rosencof no puede obviar, ya que aparece como una constante en

¹ En la "Introducción" de *Memorias del calabozo*, Mauricio Rosencof y Eleuterio Fernández Huidobro afirman: "Decidimos no hacer 'literatura' con la grabación. Retocar solo lo imprescindible para eliminar superfluidades y hacer inteligible el lenguaje hablado al ponerlo por escrito. Mantener, en lo posible, las virtudes y aun los defectos de toda recordación espontánea. Otra cosa podría, a nuestro juicio, ser irrespetuosa para con el sufrimiento de tantos."(2008:22)



muchas de sus obras; y, por otro lado, un mundo imaginario que comienza con la supuesta metamorfosis del narrador en naranjo, y llega a su máxima expresión cuando ingresa al calabozo Tito, un gallo bataraz con el que el narrador mantendrá largas conversaciones, y con el que llegará, en cierto punto, a un proceso de identificación.

Los acontecimientos que se narran en la novela carecen de carácter puntual y poseen un aspecto evasivo, pues aunque la mayoría de los hechos relatados puedan ser tomados como el presente de la narración, están relacionados con un pasado que no ha muerto, un pasado que invade este presente:

Solo después, cuando los hechos se precipitaron, mi memoria empezó a rastrear indicios que se habían fijado en las neuronas ávidas de información y así pude conformar una idea clara y coherente del proceso de toda esta historia. (28)

Se puede pensar que esta novela es la elaboración² de la experiencia traumática de los años de prisión, pero, aunque el narrador pretenda dar la ilusión de historia real, no puede leerse como un relato verídico en su totalidad, pues, en *El bataraz*, la historia deambula por el límite delgado, y por momentos inexistente, que separa la realidad de la imaginación.

Este vaivén es perceptible desde las primeras páginas de la novela, cuando el narrador hace referencia al sitio en donde se encuentra, dando a entender que está en un gallinero donde han comenzado a "procesarlo para vegetal." (2005:10)

En este mundo conocido, aunque poco habitual, como es el de un gallinero, se produce un acontecimiento que no puede explicarse por las leyes del mundo familiar, como es la transformación del narrador en naranjo:

² Dominick LaCapra, en su libro *Historia en tránsito*, asegura: "A través de la elaboración, el individuo intenta alcanzar cierta distancia crítica del conflicto, y distinguir y explorar las interacciones entre pasado, presente y futuro. La elaboración está íntimamente ligada con las víctimas de acontecimientos extremos, implica el arduo proceso de pasar de ser víctima a sobreviviente y agente acaso sin haber superado del todo los efectos de la victimización. Sobre todo en un sentido ético, la elaboración no implica eludir, intentar armonizar o simplemente olvidar el pasado regresando a un *statu quo* anterior o sumergiéndose en el presente. (...) La elaboración implica llegar a un acuerdo con acontecimientos extremos, incluyendo el trauma que casi siempre acompaña, y afrontar críticamente –pero no reforzar– la tendencia a reactivar el pasado, reconociendo, no obstante, que la reactivación puede ser necesaria e incluso atrayente." (2006:144)



Las piernas se me han vuelto leñosas y los pulgares del pie pugnan dentro de las alpargatas por incrustarse en la tierra. Yo siento sus tensiones de crecimiento y de alguna manera me transmiten su ansia vegetal con un cosquilleo sediento de savia, que me está faltando para brotar como Dios manda. Mi primer azahar será para vos, porque si de algo estoy seguro es de que voy para naranjo. Por las abejas, ¿sabés? Me andan zumbando todo el día, enloquecidas de impaciencia. Presienten el néctar. (2005:10)

Desde el comienzo de la novela el narrador transita por un mundo signado por lo imaginario, donde su locación exacta es sugerida para hacerse explícita en el momento en el que (luego de un supuesto traslado³) se da la aparición de Tito, el gallo bataraz, que en la cotidianidad de la vida del narrador no solo es útil para marcar los espacios y las rutinas del calabozo, sino que también, funciona como desestabilizador de la realidad de este hombre sumido en la soledad y la incomunicación:

Cuando yo emprendía las caminatas él limitaba su hábitat a cualquiera de los dos triángulos rectos que quedaban a derecha e izquierda, preferentemente en esta última, no por consustanciación ideológica, sino porque en la derecha estaban mis cosas. Nuestras cosas. (37)

La primera suposición que tiene el narrador cuando Tito entra en el calabozo es que, debido a las malas condiciones en las que se encuentra, el animal cumple el rol de una prescripción médica, cuya presunta función principal es la de evitar que este hombre caiga en la locura.⁴

El mundo cotidiano del narrador se ve invadido por una presencia que lo desestructura y lo hace tambalear ante la decisión de aceptar al gallo como una existencia real o pensarlo como mero producto de su imaginación:

Cuando le pregunté al de la supuesta tronera de la derecha si él había recibido gallo u otro animal, me preguntó si yo estaba loco. Entonces me callé. (30)

El narrador se encuentra sumido en la incertidumbre y, al mismo tiempo, en el

³ Pero no me dieron tiempo: me desarraigaron. Ya no estoy allí, estoy acá, que es otro lado, aunque –ellos no lo saben- unas pequeñas raicillas mías quedaron allí, donde sigo estando (...)" (2005:10)

⁴ "Al final de cuentas era una receta médica: los sicólogos del Hospital Militar se lo habían recomendado al General. Era evidente." (2005:30/31)



temor de ser considerado loco por mencionar a su nuevo compañero de celda. Sin embargo, aunque sus vacilaciones se acrecientan cuando Tito comienza a hablar, pues duda si la voz que escucha proviene del gallo o de alucinaciones auditivas⁵, se acaban cuando acepta que Tito es real y que vivirá para él, lo que permite pensar que, dentro de la desestabilización de la que es víctima el narrador, este hecho opera como estructurador de su realidad:

Era cosa resuelta. Aceptaría el presente y ocultaría su presencia al mundo. Solo viviría para mí. Al fin de cuentas era una receta médica: los sicólogos del Hospital Militar se lo habían recomendado al General. Era evidente. (30)

La tangibilidad del gallo está relacionada con la constitución de una imagen que se presume como real por el hecho de percibirla como tal. Según Sartre, en su libro *Lo imaginario*, "La imagen trata de aprehender una *cosa real*, que existe, entre otras, en el mundo de la percepción; pero trata de aprehenderla a través de un contenido físico." (2005:80)

El gallo se hace presente en el mundo del narrador como una imagen que representa un objeto real, que al existir en el mundo de su percepción, se hace tangible en el universo que se ha generado dentro del calabozo y, por lo tanto, se le transmiten algunas cualidades propias de esa cosa real de la que ha sido aprehendida (en este caso un gallo real). Sin embargo, aunque la imagen del gallo que convive con el narrador posee cualidades que no son reconocidas como propias de un gallo real, éstas han sido representadas, como dice Sartre, "a su manera".⁶

Este representar de una forma particular o propia, se evidencia cuando Tito comienza a alternar características propias de un gallo con las que son propias de un ser humano; proceso que se reconoce desde el momento en el que Tito empieza a hablar y, cuando se convierte en actor principal de ciertos eventos que, normalmente, no viviría

⁵ "¿Cómo andás, loco?", le pregunté. 'Tranquilo', me dijo. Lo miré fijo. '¿Cómo?' 'Tranquilo', repitió. Di vuelta el mate y volví a cebar como si tal cosa. 'Ajá', le comenté. No dijo nada. 'Ajá', reiteré. Nada. 'Alucinaciones auditivas', pensé. 'Estás piantado'. Indiferente, miré para otro lado." (25)

⁶ "La ilusión de la inmanencia consiste en transferir al contenido psíquico trascendente la exterioridad, la espacialidad y todas las cualidades sensibles de la cosa. Pero no tiene estas cualidades; las representa, pero *a su manera*." (Sartre:81)

un gallo real:

Es seguro que lo están interrogando en la S2. Pero también es posible otra cosa: que lo hayan mandado para sonsacarme y que ahora simulen un rapto del ave para hacerme creer que lo van a interrogar. Cuando lo traigan (¿lo traerán?) lo voy a observar. No hay que fiarse de nadie.(49)

El interrogatorio y las torturas padecidas por el gallo ponen en relieve el proceso de humanización y de identificación en el que entra el ave:

Vengo del Hospital. Sala 8". "Qué vas a venir del Hospital", le dije, "del veterinario, dirás". A mí no me confundían así como así. Todavía podía ubicar las cosas en su lugar. (53)

Aunque el narrador se siente aún dentro de los parámetros de la razón, la relación de identificación y desdoblamiento que se advierte con el gallo no se da solo en la humanización de éste, sino también en la animalización del narrador:

Luego de llegar al ángulo y chanflear el pie, y antes de reemprender el camino de regreso, comencé a adoptar –pero no siempre- la costumbre de alzar la pierna encogiendo los dedos del pie dentro de la alpargata y moviendo la cabeza con gestos breves y rápidos. Luego posaba la pata con cautela y continuaba mi marcha como si tal cosa. (39)

El narrador comienza a adoptar los clásicos movimientos que tienen al caminar las aves de corral, lo que da muestra de la adquisición de las características de su compañero. Este proceso de animalización, en lugar de detenerse, se hace cada vez más obvio:

La única especie especializada para joder al prójimo es la Humanoide, Tito, menos mal que vos y yo somos avícolas. (118)

La identificación del narrador con el gallo es evidente, al igual que la humanización de éste último:

Vos, un hombre como vos que anda de boca en boca (¿por qué le dirán pollo al gargajo, che?) Vos, que sos un tipo de mundo (...) (161)



La transformación que se produce en el gallo no solo tiene que ver con la adquisición de cualidades propias de los humanos, como la de hablar, sino también con la incorporación de algunas características que, el narrador, reconoce como propias, donde se hace innegable no solo la identificación sino el desdoblamiento que se produce:

Le colgué el teléfono al Tito. No me gustó el último diálogo. Agarró mi estilo, se está despersonalizando. Se confunde. Si uno de afuera lo llega a escuchar, va a pensar que soy yo. Es un rasgo típico de carácter débil, fácilmente influenciado. En una situación así un carácter así se vuelve arcilla. Si lo tratan como perro, ladra. Si le dan alfalfa, muge. A este lo han tratado como a Hombre y habla. (61)

Sin embargo, mientras el narrador adopta cada vez más características del gallo, éste detiene su humanización y vuelve a su estado original de animal, hecho que se da cuando las personas de afuera del calabozo comienzan a entrenarlo y a darle cuidados especiales con el fin de prepararlo para una pelea de gallos:

El otro día me aproximé, a lo distraído, mirando a uno y otro lado, picoteando mis piojillos, alzando la patita, pero no hay caso, no se deja embaucar. Es triste, pero a mi compañero, Tito, hermano, lo han comprado por un puñado de maíz. (196)

Más adelante el narrador afirma: "El Tito entiende pero no habla. Se ha gallificado." (197)

La humanización de Tito no solo se detiene sino que retrocede, vuelve a su estado primitivo, es decir, Tito vuelve a ser simplemente un gallo de pelea. Sin embargo, el proceso de animalización del narrador se desarrolla de tal forma que es visto y elegido, por las personas que están fuera del calabozo, como rival del gallo en la contienda, por lo tanto, el desdoblamiento se acaba para reconocer un proceso de identificación solo de parte del narrador hacia el animal:

Estamos frente a frente. Me agacho, cubro mis partes en la flexión, abre las alas, la cabeza inquieta, entró con ganas, me mira los ojos, apunta ahí, el gallo, señor, es el único animal que pelea ciego, me estudia, lo estudio, nos rondamos en la lid (¡lid!), en la liza (¡liza!) alfombra persa tersa, lo estoy sicologeando ¿seguirá telepático? Le voy a trabajar el bocho, transmito:

“Cómo andás del orto, Tito, ¿no te dieron más Nevada?” ¡Entiende! Se me viene, se vino, concentrate, me partió la ceja (...) (208)

Entonces, en esta novela se puede apreciar como para poder narrar lo indecible, aquellos acontecimientos extremos que, aunque pasados vuelven continuamente a la memoria, es útil la presencia de un personaje, en este caso el gallo, gracias al que se hace posible la distancia que el narrador necesita para poder hablar de aquellos hechos. Si bien el relato pendula, en un principio, en los límites de lo real y de lo imaginario, cuando el narrador acepta la presencia del Tito y se identifica con él, lo que se considera normal o verídico cambia de sentido, y lo que es ficticio o extraño se vuelve real.

El gallo se transforma en tangible, la adquisición del narrador de las características del animal se convierte en lo esperable, lo que deja entrever que la cotidianidad de este preso, sumido en el silencio, se trastoca y lo encamina, sin quererlo, pero sin poder evitarlo hacia un mundo diferente del plagado de horrores en el que vive, hacia un mundo imaginario que le permita sobrevivir.



Bibliografía

Agamben, G. (2007) Lo abierto, Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

LaCapra, D. (2006) Historia en Tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Rosencof, M. (2005) El bataraz, Buenos Aires: Suma de Letras Argentina.

Rosencof, M. - Fernández Huidobro, E. (2008) Memorias del Calabozo, Buenos Aires: Aguilar.

Sartre, J.P. (2005) Lo imaginario. Psicología fenómeno lógica de la imaginación, Buenos Aires: Losada.

Todorov, T. (2006) Introducción a la literatura fantástica, Buenos Aires: Paidós.